

Cubanía es cubanidad responsable



Antonio Rodríguez Salvador

Hace pocos días leí una crónica de viaje sobre Cuba, escrita por cierto literato nacional residente en el exterior, quien confesaba estar redescubriendo la isla luego de varios años de ausencia. Durante un par de semanas dicho señor recorrió el país de nacimiento a poniente y viceversa, para dejarnos como secuela cinco cuartillas repletas de palabras como santero, palma real, daiquirí, mulata, asere, balsero, frutabomba, jinetera, yuca con mojo, picadillo de soya, cucurucho de maní, amarillos y pan con pasta.

La crónica sonaba a Cuba, pero no era Cuba. Mientras leía, me acordaba yo del primer viaje de Colón, cuando de regreso a España se apareció en la corte con aquellos indios desnudos, cubiertos de plumas y garabatos de colores; en una mano la azagaya y en la otra una cotorra que chillaba palabras en castellano. Recordaba también la sorpresa de Borges ante una observación de Gibbon en su *Historia de la declinación y caída del Imperio Romano*. Decía Gibbon: En *El Corán*, libro árabe por excelencia, no hay camellos.

Sí los hay, naturalmente. Yo tengo un ejemplar de *El Corán* en formato PDF, y, por demás, cuento con ese infalible buscador que ofrece el Adobe Acrobat Reader, de modo que pude hallar la dichosa palabra sobre la página 40. Tal detalle, sin embargo, no le resta méritos al concepto. Dice Borges: “Yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad de *El Corán*, bastaría esta ausencia de camellos para probar que es árabe”. Si un falsario o un turista escribiesen una crónica sobre los árabes, no dejarían de prodigarnos caravanas de

camellos en cada página; cientos, miles de camellos. Mahoma, en cambio, sabía que podía pasar por árabe sin necesidad de mencionar esa palabra.

Un pensamiento siempre lleva a otro, y de repente se me ocurrió —el mismo buscador mediante— interrogar las obras de varios autores que la crítica y la tradición señalan entre los más representativos de la literatura cubana. Hurgué en libros emblemáticos de Carpentier, Lezama y Cabrera Infante: obras que conozco bien, repletas de personajes que destacan por sus sueños, esperanzas y conflictos existenciales; pero en ellos no logré hallar ni un solo maní ni una frutabomba ni objeto alguno de los que suelen usarse para estereotipar al cubano. En conjunto los volúmenes sumaban más de 1 000 páginas, y por fin vine a encontrar una palma real —sin mayor énfasis, escrita como al descuido— en *El reino de este mundo*: novela que por su espíritu y manera de representar lo real maravilloso es paradigmática de nuestro imaginario.

Si estamos de acuerdo con Fernando Ortiz en que cubanidad es “condición del alma, complejo de sentimientos, ideas y actitudes”, mientras cubanía es “cubanidad plena, sentida, consciente y deseada; cubanidad responsable”, entonces resulta obvio que ambos términos no entrañan cosas que se puedan tocar con la mano. Son trascendentales derivados del ser, no del tener; conceptos que desbordan y superan dialécticamente el mundo de las formas.

Mientras leía la crónica de referencia (que en realidad es solo botón de muestra de otras tantas, incluyendo cuentos y novelas que pujan y rematanseudocubanidad en idénticos mercados) también me preguntaba: ¿qué elementos unieron a nuestros más insignes escritores cuando esta tierra de gracia llamada Cuba dejó de ser tan solo “la yerba que pisan nuestras plantas”, para convertirse en el cúmulo de emociones que subyace tras la palabra Patria?

Durante el siglo XIX tuvimos notables poetas provenientes de diversas clases o capas sociales, algunas de ellas fuertemente enfrentadas: un hijo de cuna rica como José María Heredia, otro de

cuna pobre como José Jacinto Milanés, un negro esclavo como Juan Francisco Manzano, un mulato libre como Gabriel de la Concepción Valdés, una mujer del hogar como Luisa Pérez de Zambrana, una mujer rebelde como Gertrudis Gómez de Avellaneda, un guajiro nato como Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, un joven ciudadano como Julián del Casal, un ser sobre quien pesan sentimientos encontrados como Juan Clemente Zenea, y un patriota intachable, de pensamiento universal como José Martí. ¿Qué recóndita esencia unía a esa masa diversa? Obviamente, no “el amor ridículo a la tierra”; se hallaban ligados por un ya pujante sentimiento de cubanidad; el abrazo que juntos daban a la Patria.

Ahora bien, como cubanía es “cubanidad responsable”, el 10 de octubre de 1868 se levanta en armas un grupo de hombres en busca de la “cubanidad plena”, la cubanidad “deseada y consciente”. Ya no se trataba de ejercer la condición desde una querencia o una costumbre, de pronto había surgido un sentimiento de consagración (término que no elijo al azar, sino porque expresa la acción de entregarse en cuerpo y alma a lo sagrado). La historia es conocida, no la repetiré; con esta mención solo he querido subrayar que la cubanía no puede ser contemplativa ni mojigata; entraña una toma de partido por determinados principios, por determinados valores. También quiero significar que si la cubanía es sustancia que fertiliza el amor a la patria, adulterarla o lucrar a cuenta de ella en el más inocente de los casos simplemente la niega.

Dijo Martí: “Patria es humanidad, aquella porción de la humanidad que vemos más cerca y en que nos tocó nacer”; y es esta una evidente expresión de concordia. ¿Pero qué es lo humano? ¿Acaso lo que nos caricaturice o nos reduzca a curiosas urracas que a despecho de su naturaleza acumuladora de objetos, de pronto almacenan cosas de supuesto escaso brillo? ¿O es aquello que dignifica y encumbra a las más elevadas cotas de justicia, conocimiento y amor por la condición humana?

Extirpada de su amplia connotación, la frase “Patria es humanidad” muchas veces



ha sido mañosamente presentada como un llamado a desleír en lo ambiguo medulares afectos que debemos a esta “porción de la humanidad en que nos tocó nacer”. También se ha usado como puñal artero para descreerla y extrañarse de ella, cuando no para mirarla desde la alienación o la mala fe con el claro objetivo de erosionar valores, símbolos, creencias y caros orgullos que conforman nuestra identidad cultural. Ciertamente, llegará un día en que los humanos seamos un solo pueblo, pero esa cultura global no podrá estar erigida sobre las ruinas de lo que somos.

Cubanía es cubanidad responsable, dice Ortiz, y luego agrega: “es cubanidad con las tres virtudes, dichas teologales: fe, esperanza y amor”. Quiero decir, no se trata de renunciar al pensamiento crítico o al afán de perfectibilidad humana; tampoco de mirarnos como nuevos Narcisos en el agua de la vana lisonja; sino que, volviendo a Martí: “El lenguaje es humo cuando no sirve de vestido al sentimiento generoso o a la idea eterna”.

Y tú, ¿cómo te vistes?

Todavía se siente airado por la prohibición: “Aquí no puedes entrar así”, le dice ella en la puerta. Él, acostumbrado a ir a todas partes como si estuviera dentro de su casa, da la espalda, no pide explicaciones y dice a su pareja con la tranquilidad de quien cree tiene la razón, no importa qué sea: “Comemos en otro lugar, igual no pienso cambiarme de ropa, así estoy bien”.

¿Será acaso que el atuendo informal se ha convertido en moda? ¿Para algunos adolescentes y jóvenes resulta “raro” vestir de acuerdo con los contextos y lugares? Hay quien se pasea en plena calle con ropa diseñada para áreas de playa, piscina u otros lugares de esparcimiento: *shorts*, camisetas, calzoncillos fuera de los pantalones o chancletas, y pretende que todas las

instituciones le abran las puertas sin ponerle peros porque “esa es la manera de vestir de ahora”.

No digo que haya que andar de cuello y corbata o con vestidos y calzar zapatos cerrados la mayor parte del día para estar en la norma de las formalidades más arraigadas en el vestuario. Tampoco deo de reconocer la incidencia del clima tropical y hasta el llevado y traído cambio climático con el aumento de la temperatura media que hacen una necesidad usar con mesura menos mangas y pantalones; pero reconozco la importancia de la simple adecuación a normas pactadas en los modos de convivencia social.

Y como se hace común en temas de gustos y subjetividades, las regulaciones del vestuario en espacios públicos no existen hasta el momento en el país. Norma

Martín Alonso, al frente de la Dirección Integral de Supervisión en la provincia, reconoce que estos comportamientos se regulan en cada institución u organismo, y para el caso de los trabajadores se adecúa en relación con el régimen disciplinario de cada uno de los centros y sus respectivos ministerios.

Asimismo, Carlos Alberto Olaya Hernández, especialista de Gastronomía en el Grupo Empresarial del Comercio, concuerda con que en estas entidades, o sea, restaurantes, bares y otros, no se debe permitir la entrada con ropa inapropiada, por ejemplo, *short* o chancletas.

Ahora bien, está claro que según la solvencia económica de cada familia unos podrán adecuar ropa más formal y otros, no tanto; y que en dependencia de los gustos se accederá a diferentes

ropas para comprar, al menos ante la disyuntiva de las escasas propuestas de la industria textil cubana. Gladys Egües Cantero, periodista especializada en temas del buen vestir, comentaba a *Juventud Rebelde* que la ineficiencia ha llevado al país a comprar los artículos fuera de sus fronteras y, por consiguiente, la insatisfacción de la demanda popular.

Parte de la moda adolescente y juvenil se inspira también en las más diversas fuentes, sobre todo foráneas, díganse artistas, revistas, películas y series donde se homogenizan patrones para un mundo multicultural y en las cuales se venden modos de vida apegados al consumismo. En ese camino debe incidir más el papel protagónico de la familia y las escuelas, donde se apuesta por la educación en todos los aspectos de la vida



Lauris María Henríquez Arocha

y no solo en saber más sobre ciencias exactas, humanidades o formación laboral.

Los puntos sobre las íes radican en la manera en que organizamos nuestro escaparate para adecuarlo a las circunstancias en las que nos encontramos. A nadie se le ocurriría, digo yo, asistir a la culminación de estudios universitarios —y no hablo de extravagancias y ostentación— de la misma manera que vamos a comprar el pan a la bodega. Modos que al fin y al cabo no parten de criterios conservadores sobre mantener a rajatabla el statu quo del vestir en épocas pasadas, sino en adecuar propuestas y gustos a cada situación.